

Ramón Cote
Selección de poemas

Ramón Cote

Selección de poemas

Círculo de Poesía

ANTES DE LLEGAR AL PÁRAMO

Y de pronto todo calla, todo se refugia,
todo se recarga en el silencio,
y el aire se detiene por un momento
frente a cada labio, antes de la palabra.
Se ha parado el motor.
Parece como si los montes oscuros
bajaran a mirarnos.
La Berlina está varada antes de llegar al páramo.
La noche intenta romper una ventana.
Adentro se inicia cierta confusión
de cuerpos y maletas, de sílabas,
de miradas dormidas, de pertenencias;
cierta ebriedad recorre
la posición de los asientos:
cierto delirio del desorden, de la comida guardada,
acompaña al silencio y se apodera
de cada uno de los pasajeros.
Alguien hunde su uña en una naranja.

Es muy tarde y ya no se ve Bucaramanga.

Hay sueño y cansancio de por medio

Afuera ya suenan las herramientas.

El asfalto aparece de inmediato

a la llamada de la linterna

como un animal encandilado,

que lentamente se esconde en la próxima curva

envuelto en su vaho, sudando

su saliva vaporosa.

Parece como si todo continuara,

como si fuéramos los últimos.

POEMA QUE RECUERDA A CARL SANDBURG

Ayer

un bus con delgadas líneas

verdes

pasó por toda la carrera trece

con las ventanas

caídas en desorden,

como las medias de las niñas

al salir del colegio.

Se fue con su viento

elevando a todo lo largo

una canción de risas,

de apresurada y espontánea fugacidad.

Fue lo más dulce

que pudo tener alguna vez

las dos de la tarde.

CARTA ROTA

Lisboa me debe sus labios verdes

y vino trenzado en sus murallas.

Alza tu copa profunda, asómate

escondida en tu ardiente celosía

para rodear el sueño de tus sílabas

y morder contigo la fruta sagrada.

Iza los estandartes hacia oriente,

que una aldaba golpee tres veces seguidas

cualquier puerta

y que me abra de par en par el abandono

para saber que por fin he llegado a Portugal.

Pronunciaré tu lento beso, al viento

y las jarchas caerán como ramas secas en el río.

Abre tu nombre, dulce Lisboa,

para soñar el día en que a mi sombra se la roben tus palomas.

RETRATO DE VALLEJO, EN VOZ BAJA, ACOMPAÑADO POR LA MUERTE

casi para María Luisa

Una precisa amonestación de huesos
es la cara

y cierta

apurada solicitud; el aire o el polvo
del que se excusa.

Un afán metido, algo de aguacero
en otra parte de la ciudad,
el rumor de un nudo recién
desatado.

La entrega intacta de las cosas
como si hubiera pasado de largo por la vida.

La palabra desafiante
que lentamente se oculta
como un relámpago

envainado.

(De *Poemas para una fosa común*. 1984)

EL QUE VUELVE A LO PERDIDO

El que vuelve a lo perdido
permanecerá de pie junto a lo intocable.

El que intente crear el encantamiento
caerá derrotado.

El que desee de nuevo esa música
que se despida para siempre.

Ya las palabras no dudarán
el tiempo que tarda una mosca
en recorrer una lámpara,
ya no habrá sitio.

Por aquí pasó el tiempo y su túnica sin regreso.

EXPEDICIÓN BOTÁNICA

Sus alas

Son la descripción más precisa de las cordilleras.

Su pico

Es una vasta realidad geográfica.

Este pájaro es el extremo ardiente de las jerarquías.

Su dibujo no es un documento,

Es una emoción.

ELOGIO DE LAS PUERTAS

Las ciudades sitiadas y los pueblos poco amistosos
piensan cada vez más en sus puertas.

Quien ha pedido perdón y vuelve, quien se ha perdido
nunca deja de pensar en sus puertas,
en su forma de recibir, de abrazar al visitante,
en su privilegio.

Quien las ha visto al amanecer
sabe que siempre están arrodilladas,
quien las ha tocado con los nudillos en la alta medianoche
sabe más de su complicidad que de su memoria.

Tú sabes bien que solamente el miedo o el amor
le dan a las cosas una lejana majestad.

La puerta, que todo lo concede
O que todo lo impide, la resonante
O la silenciosa, la que permite patios.

MARPISA

Mi único cuidado mi lengua en los arenales de Homero.

Odiseas Elytis

Se sentía descansar a la tierra.

Los nítidos caminos que surcaban los montes
parecían las venas de viejos animales sacrificados.

Ante nuestros ojos
los olivos hablaban en griego,
el molino de piedra destruido
permanecía murmurando algo en griego.

En la llanura,
legiones de grillos celebraban
el verano en griego.

En Marpisa, en lo profundo de la isla de Paros,
una higuera nos daba sombra
alargando sus sílabas.

La brisa y las palabras no se diferencian.
Un paisaje es una lengua.

Únicamente el movimiento de las manos
podrá repetir la suavidad de aquellos ábsides
y la timidez de sus cúpulas azules.

(De *El confuso trazado de las fundaciones*. 1991)

TRENES

I

Para evitar que todo esto se convierta en memoria,
en pura memoria, en adulterada memoria
de alta luz y tardes atentas
al falso reposo del hierro caliente,
para evitar que julio me persiga con sus abejas
casi premeditadas,
quiero entrar con ceniza fresca,
sin evocar nada, con una proximidad
de temeroso y con un látigo de ciego
en los trenes que arrinconó el cansancio
en la antigua estación de Delicias.

II

La luz de octubre nos pregunta
por los trenes y estamos obligados a traicionar
con un tributo el amoroso don de sus escombros,
radiantes hace unos meses

cuando especulaban en voz alta su elegía,
su lástima vistosa, su resto aún victorioso
entre su propia destrucción.

Para saber callar

no hace falta guardar ningún secreto,
pero si lo quieres todo, verano antiguo,
verano invasor, verano de nuevo,
aquí tienes la calle Bustamante
que va paralela y profunda
hacia el abovedado corazón de Chirico,
la fiebre escrita en la resequedad de las baldosas,
las lecturas enumeradas, el piano
de Alci Acosta por el pasillo,
el exterminio
y una soledad subida a las paredes,
y lo carente, Carlos, la carencia.
Faltaron los insectos,
un par de picaduras en la cara y tres en cada brazo.

IV

Caballero Góngora

Era dulce

verlo en las tardes tan solemne
armado con su mejor atuendo
lucir orgulloso
el apagado brillo de sus condecoraciones.

Era dulce
verlo en las tardes tan solemne
cuando la derrota le cubría para siempre su arrogancia.
Terco varón de tosca nervadura.

(De Informe sobre el estado de los trenes en la antigua estación de Delicias. 1992)

FOTÓGRAFO DE LOS PARQUES

A mi hermano Pedro

Como un general ante el paredón, el fotógrafo de los parques alzó su mano firme en señal de detención. Su orden resonó como una detonación entre los transeúntes y el cielo quedó cubierto por una estampida de palomas.

Lo suyo son los domingos. Los domingos soleados y sin escapatoria. Ese día sobresale en medio del parque una flor alta y paralítica que se apoya con decisión sobre tres largas muletas de la guerra de los mil días. En su cúspide se aprieta un halcón negro, rectangular y milagroso, que abre y cierra su párpado metálico a petición de los amantes.

Son secretos los procedimientos de su propietario y su inclinación pertenece a otro jardín, donde la muerte como un despiadado coleccionista se apresura a guardar cada uno de los retratos, para después en su gabinete virarlos al sepia.

Hablando ceremoniosamente con su halcón bajo un trapo que alguna vez fue negro, cruzando palabras desconocidas, la ciudad amplió sus límites, se le fue de los labios. Su maquinaria de origen alemán, de nombre altisonante y preciso, detuvo al tiempo, pero otro tiempo lo tocaba por los hombros, como un azucena blanca.

Su repertorio de frases costumbristas era breve pero eficaz. “Hasta que la muerte nos separe”. “Al fin solos” o aquel “Quién iba a creerlo” enmarcaban a los fugitivos con sonrientes querubines, quienes guardaban esa foto a la altura del pecho hasta el día de la bala perdida, del incendio, de los santos óleos.

Después, ya se sabe. Vino la proliferación de cámaras manuales, los cursos acelerados para fotógrafos, la paulatina deserción de las plazas, la desconfianza hacia las estatuas ecuestres. Y su clientela huyó como los aviones de balsa que le disputaban la posesión del cielo.

ORACIÓN POR EL FOTÓGRAFO DE LOS PARQUES

Un desprevenido cementerio con las fotos de los errantes cuelga de tu trípode triunfal y funerario. Y ya nada las agita en las tardes de domingo. Desaparecerá tu perfil de las baldosas amarillas y también la sombra alargada de tu árbol prodigioso. Abrigado con trajes gruesos, bajo varias franelas, como si estuvieras en desalojo permanente, abandonarás tu sitio ocupado durante años, allí donde tu mano solitaria siempre en lo alto tuvo el poder de la posteridad.

Se avecina una borrasca. Los truenos muerden con rabia los montes. Entonces, te echarás al hombro tu trípode como un herido de guerra y vagarás por las calles apretando tu álbum contra el pecho. Y protegiendo con tu gabardina al halcón moribundo que cierra su ojo privilegiado, te detendrás bajo el alero de un Ministerio inconsolable, y voltearás despacio el sombrero, ese sombrero gris de tantos años, en espera de la caída de la primera limosna. Y alumbrado por el último relámpago reinarás para siempre en la inmovilidad.

OBSERVACIÓN DEL MELANCÓLICO

Porque la nostalgia exige una cercanía suicida a lo clausurado, porque aún cree necesaria la comprobación, porque se siente con derecho a entrar a saco, sin pedir permiso en el reino vedado, porque considera que bastan las yemas de los dedos para declarar su posesión del paraíso, la memoria inicia su viaje de regreso, busca su lugar y cierra los ojos en medio de lo movedizo.

Al contrario, en un movimiento inverso y más doloroso, la melancolía habita la península ardiente de la desposesión. Desde allí observa el nítido contorno de lo desaparecido y se rinde a su lejana jerarquía. En su torre proclama para siempre su clausura y cede sus derechos de posesión a las ortigas. A continuación, extiende un enorme pliego de papel sobre la mesa y traza con un lápiz de fuego las líneas de una perspectiva en plena fuga. Es el alzado del paraíso.

Cuando la cara del melancólico se ilumina con el resplandor de lo imposible comprende que la dimensión de ese horizonte no ha desaparecido, que su combustión permanece, que su arquitectura condiciona, pero acepta su encierro y encuentra más razones para continuar su errancia.

MURO DE LA SESENTA Y SIETE

Para Guillermo Fischer

Pocos creyeron en su duración y los restantes desestimaron por unanimidad la eficacia de sus seis metros de alto por quince de largo para escribir cualquier tipo de declaración política, o para grabar con la punta de una navaja un corazón solitario que fuera capaz de perdurar más allá de la estación de las lluvias.

Comparado con otros muros similares, éste carecía de la solemnidad provocadora de la cal. Era, entre todos esos mansos gigantes que a diario nos recuerdan la vigilancia y el árbol vedado, el menos autoritario. Su fortaleza se basaba en otros atributos.

Han pasado ya cuatro largas décadas sin que se advierta en su tímida verticalidad una sola fisura, sin que se precipite en diagonal el trueno de las grietas, sin que nadie se ocupe, aunque sea brevemente, en apoyar el pie de la espera. Todos ignoran su larga palidez y nadie agradece su silencio eclesiástico. Tampoco su lámpara desprestigiada ha iluminado la ceremonia de los besos, ni han brillado por su culpa en la acera los cuchillos.

Cada mañana sobre el muro de la sesenta y siete la sombra veloz de los pájaros, los gritos de felicidad de los mirlos y el vuelo de las palomas escriben con frases

indecisas y livianas y plumas, un salmo de agradecimiento al amanecer. A esa hora, su altura se convierte en un evangelio. Ya por la tarde un ángel se acerca a este atril y pasa con sumo cuidado otra página. Solamente allí ha quedado registrada la pequeña petición de los copetones.

ORACIÓN POR EL MURO DE LA SESENTA Y SIETE

Jamás la humedad te cedió su enredadera ni el musgo te marcó con sus sellos de lacre verde. Tampoco hubo ni tomillo ni begonias, ni prosperó en lo más alto de tu frente un apretado manojito de flores púrpuras.

Después de caminar por tantas ciudades y anotar en una libreta el nombre de las calles -Alfilerillo (Toledo), Calleja del Niño Perdido (Córdoba), Mediodía Grande (Madrid), Palacios Confusos (Coimbra), Calle de las Ventanas de Hierro (Cartagena)- por más que lo intentara, a mi memoria siempre regresaba con un reclamo tu cantidad erguida, tu desmesura cómplice.

Me rodeaste con tu abrazo amarillo. Y cómo nos igualaba entonces la miseria del cielo. A la luz de las tardes nos reconocimos semejantes. Compartimos cada miércoles el cuartel de la soledad y fuimos aliados. Yo pertenezco a tu comarca carente.

(De *Botella Papel*. 1999)

EXPULSIÓN DEL PARAÍSO (Masaccio)

Para Renato Sandoval

Ni siquiera las lágrimas

espesas como el mercurio

ni el yunque ardiente

que les quemaba muy adentro

ni los kilómetros de zarzas

que hicieron sangrar sus tobillos

ni la prolongada llovizna

que los recibió de pie en la intemperie.

Nada, nada de eso, ni las semanas ni las arenas

ni las sucesivas generaciones

han podido borrar de nuestros cuerpos

ese aroma a jazmín que un día muy lejano

trajeron del Paraíso.

GINEVRA BENCI (Leonardo da Vinci)

Hay algo superior

al amor

y es el olvido

porque silenciosamente

va limando

puliendo

despojando

todo lo que por pasión

o soledad

consideramos alguna vez eterno.

Un día cualquiera lo advertimos

cuando al querer recordar la cara

de una mujer mil veces besada,

en lugar de repasar sus párpados,

extraviarnos en la profundidad de su boca,

recuperar el doble salto de corza de sus cejas,

para nuestro desconcierto encontramos

solamente

un óvalo
balanceándose en el aire del pasado
como una fruta solitaria.

Entonces la memoria
en una desesperada maniobra de rescate,
emplea palabras verdes
como enebro

enredadera
boscaje
y se vale de una mandolina
como música de fondo
para lograr su restitución.

Pero el veredicto del tiempo es inapelable.
Y traicionero el trabajo del olvido.

Ahora te comprendo
dolorida Ginevra Benci,
cuando en la oscura sala de un museo
norteamericano miras hacia nadie,
sin esperanza, como una lámpara encendida
en pleno día,

soportando impasible

las parejas que pasan de largo sin detenerse a mirarte,

los cumplidos que hacen de otras madonnas.

De nada te ha valido tener la cara más perfecta,

la más delicada salida de manos de Leonardo,

porque cargas como una maldición

la marca indeleble

del óvalo

del olvido.

LA JOVEN DE LA PERLA (Vermeer)

Suplicantes me miran tus ojos
como las olas que en alta mar
preguntan entre espumas por sus islas

porque ese beso prohibido que todavía aturde
las vocales de nuestros labios
me ha condenado para siempre
a amarte a distancia y a ti,
a permanecer en dolorosa lejanía.

Antes de iluminar con tu perla
la sombra que te reclama y te castiga
te detienes para mirarme por última vez

pidiéndome que te haga compañía,
como si yo, impedido a este lado del tiempo,
pudiera acompañarte,

como si tú, atrapada en un cuarto

de la vieja ciudad de Delft,
hubieras olvidado por completo
que únicamente existes

para despedirte.

KATIA LEYENDO (Balthus)

No existe mayor placer en la vida

Katia, que espiarte

en las tardes de los sábados

cuando en tu cuarto lees solitaria

ese libro de pastas amarillas.

Por cada página que pasas

deslizas como un gato angora

las plantas de tus pies sobre la alfombra,

mientras tus piernas que suben

que bajan que se encogen que se estiran

van descorriendo poco a poco tu falda,

milímetro a milímetro,

hasta aproximarse peligrosamente a tu sexo,

a tu bahía secreta, a tu pócima mágica,
a tu jardín incluso por tí desconocido.

No existe otro placer en la vida
como éste, Katia, de los sábados

cuando espiándote detrás de una pared
esperamos el momento en que reconozcas

que la edad de la inocencia
ha llegado a su fin,

que por todo tu cuerpo una serpiente
te ofrece la más tentadora de las manzanas

y decidas entonces desnudarte y descubrir
con tus dedos y ante nuestros ojos

esa llama oculta que arde de deseo,
y mires desafiante con pavor y placer

el mundo al que ahora perteneces.

(De Colección privada. 2003)

CEREZAS & GRANIZO

A María Baranda

Todo sucedió en la primera semana de marzo
cuando por fin cayeron las cerezas.

Y no cayeron por maduras, por redondas, por rotundas,
cayeron por culpa del granizo y su inexplicable cólera.

Después de la tormenta, sobre la compacta blancura del parque,
empezaron a brotar, aquí y allá,

mínimas manchas de color púrpura,
como si fuera el vestido nupcial de una novia apuñalada.

Fue tanta la prohibición de febrero y la excesiva codicia
entre las altas ramas las que provocaron esa avalancha de niños
a quienes no les importó cortarse los labios con esa nieve de vidrio
con tal de poder reventar su piel entre los dientes.

Cuando pasados los años alguien les pregunte
por el definitivo sabor que los devuelve a la infancia,

no dudarán en decir que el sabor de las cerezas,
el sabor a venganza que tenían esas cerezas heladas,

y enseguida añadirán que todo sucedió un lejano marzo,
en su primera semana, después de una tormenta,

cuando el granizo del parque se fue tiñendo de rojo,
como después su vaho, como las puntas de sus dedos,

como también su memoria, desangrándose, ahora al recordarlo.

NOCIVA NOSTALGIA

Te parecerán oscuras, tal vez pequeñas esas tapias
cuando vuelvas al lugar donde viviste tus primeros años,
y al estar de nuevo en ese interior de casas blancas
buscarás sin quererlo en los antejardines esas hortensias azules
y también el pino y entre sus ramas abolidas
verás surgir, transparente, su inconclusa casa de madera
llena de temerarios filibusteros, dispuestos al abordaje.

A pesar de la desolación reinante
te entrarán unas ganas enormes de llamar a los vecinos
por sus nombres para jugar un último partido de béisbol,
pero sólo te responderán esas mismas tapias, molestas
por despertar tantos recuerdos que tanto incomodan
y que para nada necesitan.

Si nadie te recuerda, si te consideran un extraño, un intruso,
si desde las ventanas donde tantas veces te asomaste
te miran con desconfianza detrás de las persianas polvorientas,
sabrás que es hora de alejarte. Para qué insistes, para qué vuelves

si todo fue resplandor solo para ti y todo lo que venga en adelante
será puro lamento, perverso polen de acacias
y nociva nostalgia.

Antes de irte observa el atardecer
llegar igual que entonces cuando su marea
avanzaba con su luz sobre cada uno de los ladrillos
de la entrada, rojo sumándose al rojo hasta la exasperación,
en ese interior de casas blancas, ahora verticales de cal y ausencia,
y así nuevamente verás hasta el final de tus días
esa maciza pelota de caucho que olía a petróleo
elevarse para tu desconcierto de un batazo inolvidable
por encima del pino y sus piratas y atravesar la avenida
y romper ese vidrio de esa ventana de ese remoto
colegio alemán.

Entonces, como si hubieras cometido el peor
de los delitos, partirás rápidamente de allí,
asustado pero feliz, y levantarás la mano
para llamar al primer taxi que aparezca
por cualquier esquina, apretando contra el pecho
ese mínimo botín de la victoria.

ENCUENTRO EN OCTUBRE

A Jose Expósito

Si me reconoces es porque no he muerto todavía,
que nunca fueron mentira tantos domingos
por el museo del Prado, Moyano, Atocha
y alrededores, que estoy vivo
porque me reclaman tus ojos, porque me señalan
tus huesos de hielo, porque me llamas
por mi nombre que ha dejado de ser olvido.

Yo ya había llorado mi desaparición ante ti,
y asistido a mi cremación en tu memoria
en un cementerio con su única lápida
que sólo yo visitaba, que sólo yo conocía,
que sólo a mi me sigue doliendo.

Un solo abrazo, mudo y de muy hondo
ha bastado para negar la hora de los muertos,
para callar el bandoneón de los difuntos.
Por eso, Jose, te invito

a que cada domingo nos sentemos
en esa dulce banca solitaria
que se encuentra detrás de la virgen
de la Anunciación del beato Angelico,
para que sigamos conversando como entonces,
ahora que por azar
la eternidad nuevamente nos ha sido concedida.

LUNA DE SEPTIEMBRE

Ahora que entra septiembre sin hacer ruido,
como si viniera descalzo de madrugada,
y vuelvo a ver su luna naciente alzarse en el cielo
afilada y vigilante, desenvainando sin violencia
tan nítidamente su metal
sobre todas las cosas y regiones de la tierra,
recuerdo mis súplicas desde una terraza
hace ya bastantes años, temeroso y solitario
pero al fin feliz,
rogándole al primer dios que me escuchara
que nunca terminaran sus días,
porque sabía que muy pronto llegaría octubre
con su costumbre de arrasar con todo.

Eran las únicas horas del año en las que la oscuridad
parecía estar de mi lado, y dejaba de llamarme huésped
para decirme habitante. Durante ese mes tenía en la terraza
un telescopio, montones de cervezas y sonaba como nunca
la voz de Billie Holliday,

hasta que reconocía en la garganta la llegada del amanecer
por su ardiente exhalación de magnolias,
y veía entre lágrimas las bandadas de golondrinas
fugarse de los aleros para estremecer a ráfagas
el aire frío de la mañana.

Por ausente que esté, por distante que permanezca,
cada año que pasa asisto puntual a la cita
con la más hermosa de las lunas, la luna de septiembre,
porque al mirarla nuevamente en la noche
su acero se vuelve a derretir con dulzura
dentro de mi boca, debajo de mi lengua,
y otra vez me invade ese extraño sosiego,
esa confianza que se convierte en fulgor, esa paz
que se hace luz, luz momentánea pero duradera,
como esas lámparas que los propietarios
en los largos meses de las vacaciones
dejan a propósito encendidas
para indicar a los posibles intrusos
que la casa vacía permanece habitada.

(De *Los fuegos olvidados*. 2009)

RAMÓN COTE BARAIBAR nació en Colombia en 1963. Ha publicado los libros de poesía *Poemas para una fosa común* (1984, 1985, 2005), *Informe sobre el estado de los trenes en la antigua estación de delicias* (1991), *El confuso trazado de las fundaciones* (1992), *Botella papel* (1999, 2006), *Colección privada* (2003), *Premio de poesía americana de la Casa de América de Madrid* (2007), *No todo es tuyo, olvido. Antología* (2007) y *Los fuegos obligados*, XXIII Premio UNICAJA de Poesía (2009).

Además, es autor de *Diez de ultramar* (1992), antología de la joven poesía latinoamericana, de los libros de cuentos *Páginas de enmedio* (2002) y *Tres pisos más arriba* (2008), y de la biografía *Goya. El pincel de la sombra* (2005). En mayo de 2006 se publicó su *Antología esencial de la poesía colombiana del siglo XX* en la editorial Visor de Poesía, en España. Recientemente ha aparecido su segundo libro de cuentos.

Sus cuentos y poemas, así como sus artículos sobre arte y literatura han aparecido en diversas revistas nacionales e internacionales.